

JOSÉ SARALEGUI

PARA
MATAR
A LA
PRIMAVERA

CUENTOS, RELATOS
Y MANUALES

Editorial Específica

Para matar a la primavera

JOSÉ SARALEGUI

Editorial Específica S.L., 2020

2ª edición

ISBN:

Impreso en ningún lado/ *Printed nowhere.*

Editado por José

Dedicatoria
A Marolito.

ÍNDICE

ÍNDICE	ACÁ
<i>PRÓLOGO DE JORGE, EL PORTERO</i>	10
<i>BEST SELLER</i>	11
<i>CONFESIONES DE UN PERSONAJE</i>	13
<i>ENSAYO SOBRE LA GUERRA</i>	16
<i>UNA HISTORIA PENSADA</i>	26
<i>SÓLO VERDURAS</i>	33
<i>MANUAL PARA VIVIR</i>	38
<i>LA HORA MÁS ESPERADA</i>	43
<i>INSTRUCCIONES PARA CONSTRUIR UNA HABITACIÓN</i>	51
<i>EL BETO LLORÓ</i>	55
<i>PARA MATAR A LA PRIMAVERA</i>	60

PRÓLOGO

Mi nombre es Jorge Albarracín y soy el portero del Adra XXI, edificio donde conocí a José. Yo con el tema de la escritura no soy muy ducho, pero me insistió tanto con que le escriba algo. Por lo poco que me contó, sé que es muy famoso y reconocido en todos lados. Me dijo que tenía varios libros publicados, pero que no me quería mostrar ninguno para no influenciarme antes de escribir este prólogo. Parece macanudo el muchacho. Y me pone muy contento saber que voy a recibir el 25% de lo que recaude con sus ventas. Espero que no lo ponga muy caro al libro este. No hay nada firmado todavía, debería armar un contratito y hacerlo ver por mi cuñado, que estudia Martillero.

Ya que estamos, antes de cerrar mi primer relato, si alguno necesita, también hago trabajos de plomería, gasista y, aunque no soy profesional, me doy maña con la porcelana en frío.

Les dejo mi celular por si las dudas:

011 (15) 3542-1533

Jorge Albarracín

DNI 23.864.923

BEST SELLER

Ya está todo dicho, incluso esta frase. E incluso con el “incluso esta frase”. Y también aún con el “E incluso con el incluso esta frase”. Y por obvio que resulte, con el “Y también aún con el 'E incluso con el incluso esta frase'”.

Por eso no escribo nada, y por ello también, es que esta es mi obra, sí señores, mi gran novela, mi herencia, y se las regalo. Es cortita, breve, y ello representa un ahorro ecológico y editorial. Podrán imprimir tantísimas copias... sobre nada. Por lo que dará igual si las imprimen o no. El no imprimirlas será lo mismo que el hacerlo, por lo tanto, cada conjunto de 50000 omisiones equivaldrá a una nueva edición de mi libro. Es increíble, ahora que lo pienso, pero de esta forma me he convertido, ni más ni menos, que en el autor de la nada. El creador de la falta. Soy el escritor más leído, o menos, una semántica diferencia. Soy el premio Nobel a la anti literatura, el pionero infinitamente imitado según pasarán los años, pero jamás igualado. Premio No Bel, de la No Vela, que nunca despierta, porque siempre sueña, que nunca concreta, porque se excusa. Que busca la piedra, para no saltarla, tan sólo rodearla y esconderse tras ella. Soy el no-escritor, un insulto a las magnánimas letras, una oda a los inertes espacios. Cuántas entrevistas no dadas, que ni siquiera debí rechazar, porque no existieron.

Soy mi propio orgullo, y de nadie más, el más genial escritor sobre la faz de la ausencia. Mi propio mecenas, gracias a nadie, sino a mí solito, por ser el gestor de la vacía invención del silencio. Que no lo he inventado yo, lo sé, pero sí he sido quien por vez primera ha decidido hacer de él su tesoro.

Entrego esta entrega, que no es tal, a quien quiera recibirla, y si no es nadie no importa. Primera de muchas, de todas, quizás ninguna, colecciones y colecciones, millones de no-libros que ¡vamos! no pueden equivocarse. Qué manera de producir, de publicar, de escribir. Quién diría que llegaría hasta aquí. Esto es para ustedes, mi público hermoso.

No soy, ni tampoco lo es mi novela. Y no digo nada interesante, porque ya está todo dicho. Incluso con el “¡incluso...”. Bueno, ya saben a qué iba, conocen lo que voy a decir, porque después de todo, soy un best seller.

<•>

CONFESIONES DE UN PERSONAJE

El otro día estaba sacándole charla a un personaje mío, como para que me de material ¿viste? Y charla va, charla viene, en un momento me tira:

- Vos me estás metiendo una ideología que no es la mía. O sea, se acerca, pero no es la mía.

- ¿Qué decís, Eustaquio? Obvio que te “meto” una ideología, porque es mía, es la que yo inventé para vos. ¿Cómo vas a decir que no es la...?

- No, no. No entendiste un carajo lo que te quise decir.

- Bueno, tampoco te hagas la estrella que esto no está ni publicado todavía.

- El asunto es que la ficción no es ficción.

- ¿Eh? - le digo.

Resulta que el tipo me plantea, y muy inteligentemente, por cierto, que todo es realidad, y que las ficciones no son más que realidades alternativas de algo que no es ficción. Es decir, la gente sobre la que yo escribo, en algún mundo paralelo, no es parte de una historia, sino simplemente, es. Y... eso resulta fantástico. Tiene todo el sentido. La ficción es la posibilidad de una realidad en otra chance del universo.

- Yo estoy acá, hablando con vos, pero en otro mundo alternativo, paralelo, o como te guste llamarlo, yo estoy en cualquier otro lado, haciendo otra cosa, y existo. Este mundo es real, yo soy real.

- No... n-no, es tremendo lo que me planteas. Y... no, no puedo creerlo, admirable, Eustaquio.

- Vos porque tenés el típico pensamiento escritorial, que se jacta de haber inventado a alguien. Son increíbles ustedes, la mayoría se hacen los ateos, pero lo que les gusta sentirse, o venderse como creadores de individuos, de psiquis, de tramas. Creen en ustedes mismos, se fanatizan con su obra, son sus propios dioses. Mirá si un día viene alguien y te dice: “yo no creo en los escritores. La gente es gente y punto.” Y vos qué le vas a decir, ¿eh? Nada, ¿por qué? Porque tienen razón. Vos no inventaste nada. Obvio, elegís qué parte contar, porque toda mi vida sería un embole, pero el resto del tiempo, en otra dimensión o lo que sea, mi existencia continúa, y sin la conciencia de ser un personaje. Más aún, sin que nadie me dicte qué tengo que hacer. Yo soy real, y vos simplemente me reversionás según tu conveniencia.

- ¿Te molesta si publico esto?

- No, si total, de mis conocidos no lo va a leer nadie, no saben que estamos en tus historias.

- Pero no entiendo, ¿todos tienen conciencia de que...?

- No todos, sólo aquellos a quienes sus escritores deciden interrogar. Y eso no es muy común que digamos.

- O sea, que, para, ¿vos me estás diciendo que en algún rincón de la existencia, de algún qué se yo dónde, o sea... entonces yo...?

Y me quedé regulando como una hora, pensando en las otras realidades, los mundos paralelos. Tal vez en algún lugar, alguien, o, mejor dicho, otro yo, esté mirando al cielo, y vea las estrellas, que viajan por las galaxias, y así, atraviere mundos y mundos hasta llegar a algún otro alejado, bien alejado, en el que estará siendo personaje de algún cuento, o quizás hasta siendo quien escribe esas historias y yo su personaje. Un planeta distinto de este. Siento que de alguna forma lo conozco. Y no sé por qué, será un presentimiento, pero me late que ese otro planeta, tan alejado, se debe llamar Tierra.

<•>

ENSAYO SOBRE LA GUERRA

Cierto día observaba una película en la que un grupo de samuráis batallaba contra la infantería estadounidense. Choque cultural impresionante, entre dos facciones humanas cuyo único elemento común era la noción de violencia como forma de legítima defensa de los intereses privados. La secuencia estaba envuelta por una música épica que insinuaba el honor de dicha defensa. El autor de la historia, incluso, pareciera tomar partido por uno de los bandos, el samurái, el más débil, el menos civilizado.

Cómo es que podemos empatizar con un numeroso grupo, cualquiera que sea su fin, lastimando y haciendo sangrar, literalmente, a otro. O al revés, cómo hacerlo siquiera con el más fuerte, imposible. En ninguno de los casos, dichos intereses son loables, qué tontería. ¿Por qué no se dedicarán a plantar papas? Se preocupan por elementos abstractos que sólo sirven de justificación para que los grandes dueños del mundo y del capitalismo nos controlen y...

- Bueee, tampoco es para tanto, che.
- Perdón, ¿usted quién es? ¿Cómo me va a interrumpir así?
- Interrumpir qué, si está hablando sólo.
- No señor, estoy escribiendo.

- ¿Escribiendo? - preguntó intrigado este irrespetuoso personaje.

- Sí, hombre, ¿no ve?

- Ah, perdone usted, no me di cuenta.

- Pero claro, señor - respondí indignado, y agregué - ¿No ve que tuve que poner el guioncito al costado cuando usted habló?

- ¿Esa rayita de ahí?

- Sí, esa rayita. ¡No puede ser, señor! ¡Usted tiene que avisar con tiempo! Ahora todo el texto me queda desprolijo, improvisado.

- No sea tan exigente, ¿quién lo va a notar?

- ¿Me está usted tomando el pelo? Esto era un ensayo, una reflexión. Mire si estaba destinado a ser laureado con un premio, si usted me cercenó la carrera.

- Si tal cosa como el destino existiera, entonces sería que lo interrumpiese. Porque si no, su valiente destino me hubiera impedido "interrumpirlo", como veo que gusta de decir - declaró un ahora agudo señor.

- Ahí le voy a tener que dar un poco la razón.

- Claro que sí. ¿Se cree que porque escribe es el único que analiza las cosas?

- No, por favor, no se lo tome así.

- No se preocupe, estoy acostumbrado a la soberbia de los literatos.

- Mis más sinceras disculpas.

- No diga más. Ahora, ¿tanto le interesaba el texto ese? No me parecía malo, tal vez un tanto simplista, grandilocuente, pretencioso, barroco y de nicho, pero nada que no pueda remendarse.

- Sí, señor. Tenía todo en la cabeza ya, la estructura, el planteo de la hipótesis, algunas falsas conclusiones para llevar al lector hacia una posible teoría, para luego, aplicando los más preciosos vericuetos de la epistemología que permiten confundir al más desatento, mostrar mi verdadera resolución al conflicto de las guerras.

- ¿Escribió todo eso que acaba de decir? - preguntó incrédulo el caballero.

- Sí, claro.

- Es imposible.

- Es que ha dado usted con el escritor más rápido que haya conocido. No es algo que suela salir de mi boca...

- Sin embargo, salió.

- ¿Qué quiere decir con eso? - pregunté ofuscado.

- No me haga caso, y a ver si me demuestra un poco esa habilidad suya.

- ¿Quiere ponerme a prueba?

- Y sí, hombre, ¿qué le estoy diciendo? Escribiré rápido, pero escucha bastante lento.

- Dígame el parlamento más largo que se le ocurra – dije desafiante.

- Mmm... Me agarra desprevenido. Pero... a ver... sí, recuerdo uno que solía recitar mi madre, decía algo así:

“Nada me causa encanto ni atractivo;

no me importan mi nombre ni mi muerte, no perdón – aclaró

-

ni mi suerte; así es, no me importan mi nombre ni mi suerte,

en un eterno spleen muriendo vivo,

y es mi única pasión la de la muerte”.

Del poema “Reír llorando”, de Juan de Dios Meza – se apresuró y se equivocó el caballero, quiso decir Juan de Dios Peza.

Acto seguido, giro la hoja para mostrarle. Rápidamente sigue el texto con la mirada mientras continuó escribiendo, ahora inclinado sobre la mesa, y la levanta azorado. La vista, no la mesa.

- No puedo creerlo, es fantástico.
- Gracias – dije, mientras volvía a mi posición original.
- Puso todo, las aclaraciones, hasta me corrigió antes de yo leerlo. Estoy fascinado.
- Muy amable.
- ¿Por qué no lo utiliza para ganar dinero? Debería presentarse en un parque de diversiones o algo por el estilo.
- No es dinero por lo que escribo, estaría traicionando mis principios.
- ¡Vamos! ¿Me va a decir que no le gusta el reconocimiento monetario?
- Me quedo con el artístico. Y de paso, con sentir que puedo aportar algo especial.

- ¿Usted se cree un poco único por ser escritor verdad? Les encanta percibirse distintos al resto. Inimitables. Pero... ¿sabe una cosa? Le apuesto a que puedo igualarlo.

- No me tome el pelo, señor.

- Deme la hoja, se lo aseguro, puedo superarlo – el hombre, un tanto irrespetuoso, acerca su mano para quitarme la hoja.

- Ahora piense el parlamento más largo que se le ocurra – le dije sonriendo. Todavía está ofendido porque le quité su preciada hoja, típico de escritor.

- Me toma usted desprevenido, debería tomarme un momento. Son muchos recuerdos, textos – intenta correrme con su vasta experiencia, pero no pienso rendirme.

- Vamos, usted puede.

El escritor se pone a pensar, seguro que no en el texto más largo que se le ocurra, sino más bien en el que más pueda complicar mi empresa.

- Hay uno de Lope de Vega – lo sabía, español antiguo, maldito.

- Pero cómo no, lo escucho.

- Se llama, intitula, como decían en aquel entonces – a los escritores les encanta adornar las ideas cuando estas no son

jugosas - “Túrbase el poeta de verse favorecido” - irónico título ya que como poeta estoy bastante desfavorecido en este momento. De cualquier forma, el poeta no soy yo, es Lope. Mi rol ahora sería el de un escriba, a quien le dictan contenido no propio. Pero, momento. ¿Es que acaso no es siempre eso un poeta? Alguien que de alguna manera es llevado por el cosmos a conocer un pedazo de la realidad en forma de letras. Yo no soy un hombre de ellas, pero sí muy realista, y eso me da derecha, derecho perdón, es que me entusiasmo y escribo mal, lo vomito, todo fluye desde el área de Broca... - así que se lo recito si le parece.

Me fui un poco del ejercicio, este plomo quiere seguir con su desafío, bueno, en realidad mío. Pero al único que le molesta perder es a él.

- Diga nomás, caballero.

- Bien – aclara la garganta, como si lo que fuera a decir mejorara gracias a su carraspeo, o como si la producción literaria a punto de declamar tuviera algo que ver con él – el pasaje reza así:

“Dormido Manzanares ¹ discurría

¹ *Qué gracioso imaginar a un grupo de árboles durmiendo todos al mismo tiempo. O sea, más aburrido no se puede ¿no?*

en blanda cama de menuda arena,
coronado de juncia ² y de verbena ³,
que entre las verdes alamedas cría;
cuando la bella pastorcilla mía,
tan sirena de Amor ⁴ como serena,
sentada y sola en la ribera amena,
tanto cuanto lavaba nieve hacía.
Pedíle yo que el cuello me lavase,
y ella sacando el rostro del cabello,
me dijo que uno de otro me quitase;
pero turbado de su rostro bello,

² *Juncia. Ni idea qué será, pero me suena a nombre de mujer española de más de 70 años, grandota, con pollera y cortando jamón en una pequeña casita sobre una lomada.*

³ *¿Por qué usan palabras tan raras? ¿O por qué no leemos más para aprender a entender esos textos que por algo se siguen vendiendo?*

⁴ *No pienso decir nada sobre él.*

al pedirme que el cuello le arrojase,
así del alma, por asir del cuello.”

- Precioso texto. Lo felicito por la elección.

- ¿Lo conocía?

- En absoluto, pero me pareció por demás interesante.

- ¿Llegó a escribirlo todo?

- Sí, claro, y me permití algunas anotaciones al pie, para que sea más accesible.

- Pero eso no es tarea del escritor.

- ¿Y quién se hizo llamar así? ¿Usted o yo?

El hombre asiente con un pequeño suspiro y una sonrisa.

- No se haga el humilde, usted es un gran artista – dice con una notoria dificultad para aceptar el término como descripción propia de mi persona.

- Lo invito una cerveza en el bar de al lado, caballero - digo, como para que no se sienta tan incómodo.

- Con todo gusto – dijo el que sí era escritor.

Ambos se pusieron de pie y se dirigieron a un barsucho de por ahí. Y yo, soldado atento, les gané la posición. Los venía mirando desde la esquina del salón, admirado. Esperaba, como siempre, a que algo ocurriera, en este hotel que ya es mi casa, el hogar de la nostalgia. Hoy, finalmente, el universo me premió. Ahora me toca terminar la narración, como un fanático que continúa el arte de su ídolo. Como narrador omnisciente, que busca darle un momento de intimidad a esa incipiente amistad. Cuidando con todos mis esfuerzos, que los aros de la taza de café no manchen las hojas. Seguramente, ya lo vislumbro, mi editor será muy quisquilloso con ese asunto, con el manuscrito original, como se dice en la jerga. Porque obviamente lo voy a publicar como propio. Son las ventajas de no tomar alcohol, de soportar la tentación de salir a divertirse, cuando es hora del trabajo duro. Y de ser, como suelo llamarlo, un gorrión literario, con ese olfato cazador del talento y el descuido ajenos, que nos hace también talentosos a nosotros, porque, como suelo decir, la literatura no se hace únicamente con gente capaz, también se construye con hombres y mujeres que saben aprovechar la oportunidad, y atacar a tiempo. Como en toda guerra.

- Disculpe, señor, ¿un baño por acá? - dijo un hombre que evidentemente no sabía nada de literatura ni de buenos finales para un cuento.

<•>

UNA HISTORIA PENSADA

No solemos decir todo lo que pensamos, más bien actuamos, por momentos demasiado. Y de tanto pensar, sacamos conclusiones incorrectas, creyendo entender lo que el otro quiere.

Algo así les pasó a estos dos, el día en que se dio un cruce fortuito, luego de mucho tiempo, caminando por una de las veredas que años antes fueran apoyo de ambos como pareja. Hoy, no son más que baldosas de un suelo pisoteado, que une dos caminos completamente diferentes y comunica a dos personas llegadas desde lugares opuestos, tanto en geografía, como en presente.

En dos partes se presenta este relato.

1) Diálogo puro:

M - Adiós señorita, ¿Cómo dice que le va?

R - Hola ¿Bien y vos?

M - Todo tranqui. Vengo del laburo.

R - Ah, ¿Cómo viene eso?

M - Bien, zafa. ¿Vos? ¿Qué andas haciendo?

R - Vengo de hacer unas cosas con un amigo.

M - ¿Cómo estuvo tu finde?

R - Bien, tomé baaanda.

M - Ah, yo también, tuve el cumple de una amiga.

R - Bueno, te dejo que llego tarde a una cita.

M - ¿Con un chabón?

R - Sí... jaja, con el ginecólogo

M - Ah ta' bien, bueno suerte.

R - Igualmente para vos.

M - Nos vemos.

R - ¡Nos vemos!

2) Diálogo real:

MARIANO: *Uh, ahí viene Romina. Directo hacia acá. ¿Me habrá visto? Voy a seguir caminando despacio, moviendo un poco los hombros, así parece que voy concentrado en la música. Guarda con las baldosas Mariano, que te llegás a tropezar y quedás como un gil. Ya sé. Me voy a hacer el payaso simpaticón. Eso la va a descolocar y le va a gustar. Te*

estoy mirando fijo y no me ves aún. Voy a aclarar sin que se note la garganta, listo. Ahí vamos:

- Adiós señorita, ¿Cómo dice que le va?

Quedé re natural.

Romina venía distraída mirando una vidriera de ropa. Volteó su cabeza hacia Mariano, a la vez que arrugó la nariz, mientras su cerebro procesaba quién era el payaso que la saludaba así. Obviamente lo reconoció, por lo que elevó las cejas involuntariamente.

ROMINA: *¡La concha de la lora! ¡Mariano! Cómo no lo vi venir, me quiero matar. Estoy poniendo cara de sorprendida. ¡No demuestres nada, boluda!*

- Hola. Todo bien ¿y vos?

Creo que no se dio cuenta.

MARIANO: *Mmm, esto se me fue de control. Pensé sólo el comienzo. Qué mierda le respondo, de mi vida personal no le quiero comentar nada, aunque ahora ya soy un tipo fuerte, no tiene por qué saberlo. No me merece... Igual, tampoco es que conocí a alguien, no voy a negar que varias, de vez en cuando, me han guiñado un ojo o algo más... pero algo de misterio no vendría mal. Hablarle de mi familia es rutinario. Del gimnasio, muy banana. Del fútbol cinco, innecesario. Ya sé, si le hablo*

del trabajo quedo como un tipo responsable, que sabe lo que quiere, maduro. Ésa es la que va. Vamos Mariano.

Mariano no se dio cuenta de que lo último que parecía en ese momento era alguien maduro. El saludo inicial le jugó en contra, pero no quería rendirse. Así que insistió con su gran idea:

- Todo tranqui. Vengo del laburo.

ROMINA: *¡Qué respuesta aburrida Dios! Pero lo voy a bancar, él me banco tantas veces. Ni me acuerdo dónde trabaja ahora, pero no quiero ser ortiva. No importa Romina, disimulá:*

- Ah, ¿cómo viene eso?

MARIANO: *Epa, se ve que le interesa en qué ando. No me olvidó. Pará, no te apures. Pero no, no, ¿y si todavía siente algo por mí? Yo acá preocupado por ser frío, y ella amándome en silencio. Sería muy raro, después de tanto tiempo. Hace mucho que no la veo, debe tener una vida diferente, otras experiencias, quizás ahora esté mejor, siempre quise eso para ella, quizás sea feliz y... Esta turra seguro que está viendo a alguien. Voy a deslizár una pregunta casual, a ver si le saco algo.*

- Bien, zafa. ¿Y vos? ¿En qué andas?

ROMINA: *Mmmmm... esa pregunta, qué rara suena Marianito, te conozco. Le voy a meter ambigüedad a la respuesta, así lo dejo regulando, a manipuladora no me vas a ganar, guacho.*

- Vengo de hacer unas cosas con un amigo.

MARIANO: *¿Así que no me querés contar eh? ¿A esa querés jugar? Está bien, fijate cómo no me importa y ni me inmuto.*

- Mirá vos. ¿Cómo estuvo tu finde?

ROMINA: *¿Eh? ¿Este pibe es pelotudo? ¿Cómo me va a preguntar por mi finde? ¿Qué carajo le importa? ¡Dios! ¿Ahora te hacés el interesado? ¿Después de ser una ameba durante el último año de la relación? ¿Ahora te hacés el chispita? ¿Querés jugar así? Ahí va tu información tan preciada, con mi mejor cara de mujer alegre y superada:*

- ¡Bien, tome baaanda!

Indiferencia total. Que sepa que ni lo necesito ni lo extraño. ¿No lo extraño? ¿A quién voy a engañar? Bueno, por lo menos que no lo note.

MARIANO: *Ah, te querés hacer la gata fiestera, mira cómo te la devuelvo... atorranta.*

- Ah, yo también, tuve el cumple de una amiga.

ROMINA: *Se debe haber comido a alguien este hijo de puta, estoy segura, lo odio. Pero no porque me importe. Porque qué me importa, yo ya lo re superé. Y me sigue encantando confundirlo. Ah, ya sé, a ver la cara que pone:*

- Bueno, te dejo porque llego tarde a una cita.

MARIANO: *¿Cómo? ¿Va a ver a un tipo y encima me lo dice así? Perra fría.*

- *¿Con un chabón? - ¡pero qué pregunta pelotuda Mariano! ¿No podías disimular un segundo más?*

ROMINA: - *Sí... - Cayó, ahora pausa para que se confunda aún más. Mirá como se remuerde, es un tierno, todavía me extraña - Jaja, con el ginecólogo.*

MARIANO: - *Ah ta' bien - Y tragó los nervios contenidos.*

Ese humor de mierda que tiene, la concha de su madre. Listo, hacé como si nada, no seas obvio, o vas a salir herido injustamente... como siempre. Ahora un saludo casual, sin sentimientos, como a un amigo:

- *Bueno che, yo sigo, suerte - Qué simbólico estuviste pibe, "yo sigo", sos un poeta, nunca lo valoró.*

ROMINA: *¡Qué frío que es por favor! ¿Así pretende despertar algo en mí?*

- *Igualmente para vos.*

MARIANO: - *Nos vemos - Ojalá que muy pronto.*

ROMINA: - *¡Nos vemos! - Ojalá que nunca... o no... no sé.*

Y siguieron sus caminos, creyendo que la tenían clarísima, que controlaban el mundo, la mente del otro y las voluntades de

sus corazones, el propio y el ajeno. Pero la verdad, es que de tanto pensar, no entendieron nada de lo que pasó.

<•>

SÓLO VERDURAS

Méndez era un bonito pueblo de provincia.

En el año 1978 se hizo famoso por un incidente entre un comerciante y un grupo de vecinos.

El comerciante era un verdulero, que por ideología sólo vendía verduras, nada de frutas, porque decía que denigraba el status de las verduras. Todas las mañanas, cuando volvía del mercado, dedicaba una hora a lustrarlas una por una. Les hablaba y las elogiaba. Y si encontraba alguna podrida, disimuladamente la tomaba, la depositaba en un cajita, y, lágrima mediante y sin que el resto de las verduras lo viera, le daba santa sepultura.

Defendía a muerte su postura. La fruta era el libertinaje de la naturaleza, el exceso de azúcar. Los verdaderos alimentos, los más nobles, eran los vegetales.

Un día de marzo del mencionado año volvió al pueblo Rubén, hijo de una familia mendeciense, o mendeseña, como les gustaba hacerse llamar a los del sector sur. Él había visto el pueblo por última vez a los dos años de edad. Saliendo con sus padres y hermanitos hacia la gran ciudad, pararon en la verdulería de Olmo Gandilowicz y compraron una cebolla para el camino (sí, eran muy raros). Ese día, el joven verdulero

los saludó con mucho afecto mientras se despedían desde el auto para comenzar una nueva vida.

Como cualquiera de nosotros, y más aún por vivir en la gran ciudad, Rubén se acostumbró a las verdulerías que también vendían frutas, y así todos los días compraba una, dos o varias para endulzarse las mañanas de camino al trabajo.

Mientras el muchacho y su familia desarrollaban una vida feliz a cientos de kilómetros de Méndez, en el pueblo, la verdulería ya era objeto de burla de todos los vecinos. Pasaban por la puerta y gritaban cosas tan indignantes como: “¡Un kilo de manzanas!” “¡Qué rica naranja!” “¡Aguante el kiwi!”

Olmo ya se estaba poniendo viejo, y cada vez más cascarrabias. Era un fanático. La noche previa al regreso de Rubén fue cuando se hartó. Cerró el local, y se dirigió a lo de López, otro viejo, su único amigo, dueño de un negocio de artículos de pesca y cacería.

- Se acabó mi paciencia, López. Toda la vida soporté que se burlaran de mis creencias. Yo los respeté y a cambio recibí puros desagravios.

- ... - era muy callado López.

- Lopecito, acá tengo lo ahorrado de todo el mes - Y sacó un fajo de billetes del bolsillo de su viejo delantal - Quiero que me vendas la carabina.

- Estás loco... pero negocios son negocios, y hay que respetarlos. ¿Te la envuelvo para regalo?

El verdulero salió chocho de lo de su amigo, mirando y acariciando su nuevo tesoro. Comenzó a imaginar la alegría con la que empezaría a abrir su local a partir del día siguiente.

Cuando el primer cliente post compra ingresó al local, pasó por la calle uno de los irrespetuosos de siempre, con todas las ganas de hacer engranar al viejo y no tuvo mejor idea que gritar a viva voz una guarrada en contra de las hortalizas. Pero no le salió como esperaba, porque apenas terminó de decirlo, la ira se apoderó del anciano cuerpo. El viejo giró sobre sus pies bruscamente y se dirigió hacia la parte de atrás del mostrador. Sacó el paquete de papel madera con la tarjeta de dedicatoria de López, desenvolvió la carabina y, chocando a la pasada al sorprendido y boquiabierto cliente, se paró en la vereda y apuntó. Emitió un alarido como de guerra y disparó. El ruido hizo volar a más de un pájaro y frenar a más de un auto. Por suerte el verdulero era muy malo apuntando y el tiro pegó en un árbol. El pibe no podía creer lo que había pasado y del susto se cayó de la bicicleta. El cliente, obviamente, salió corriendo.

- ¡Viejo puto! - le gritó y se levantó para seguir viaje.

La consternación se adueñó de los pocos testigos, y el rumor llegó enseguida a oídos de todos los que vivían en la zona... pero no de los que llegaban ese día.

- Buenas, buenaas - dijo Rubén mientras ingresaba a la verdulería y miraba con mucho cariño al viejo Olmo.

- ¿Sí? - contestó el verdulero desde el fondo, que estaba agachado guardando el arma y recuperando poco a poco el ritmo cardíaco normal.

- ¿Cómo le va amigo? Soy Rubén, ¿me recuerda?

- ¡Rubencito! Pero qué sorpresa, querido. Llegás justo, mirá. Me acordaba recién de aquellos viejos tiempos. Pero qué grande estás. Me acordaba de las épocas en que a los ancianos como yo se los respetaba.

- Qué bueno verlo - dijo Rubén frunciendo el entrecejo sin saber de qué hablaba - Sabe que siempre me acuerdo de usted, de hecho cada vez que pasaba por una verdulería en mi nueva ciudad pensaba en este lugar.

- Gracias, querido. Es un honor que me digas algo así. Uno desde acá trata de hacer lo mejor.

- Bueno - dijo Rubén frotándose las manos - Aprovechemos que estamos acá y contribuyamos un poco. No veo ninguna

por aquí, quizás no sea la época, pero, ¿no me va a decir que no tiene unas buenas peras no? Son lo más rico que hay...

Y antes de que el joven pudiera agregar algo más, el viejo ya estaba cargando la carabina otra vez.

- ¡Vos no! - gritó con todas smientras le apuntaba a la cabe-za
- ¡Sosigualatodosmocosomaleducado! - sentenció.

Rubén ya estaba a dos cuadrás cuando finalizaba esta frase. Corrió y corrió sin entender nada, agachando la cabeza cada vez que oía un disparo. Llegó agitadísimo a la casa de sus tíos. Entró, se alegraron de verlo, lo calmaron y cuando les contó, le explicaron todo, porque en los pueblos los rumores vuelan más rápido que las balas.

Rubén aprendió así lo más importante de su vida de boca de los tíos de Méndez.

Y él lo propagó tanto que se volvió refrán. Aunque para Rubén fue una regla de oro para seguir vivo:

Por más ganas que tengas, y pase lo que pase, no le pidas peras "al Olmo".

<•>

MANUAL PARA VIVIR

Constantemente recibo misivas que el público envía, pidiendo realice una entrega sobre cómo vivir. Por eso hoy les traigo esta breve selección de ideas principales, que desarrollo por completo en **“Manual para escribir manuales”**, de *Editorial Le Part, 1999*. Como suele ser costumbre en lo relativo a tan interesantes tópicos, mejor será no prestarse al entrevero, e ir directo a los bifés.

Nazca, en lo posible llore, y mucho, así sus padres se quedan tranquilos. Si ha nacido con algún trastorno de cualquier tipo, no se preocupe, no es su culpa, aunque más adelante así se lo hagan sentir o saber. Aproveche para ser todo lo gordo que desea, ya que, a esa edad, de cero años, aún es muy cruel que lo juzguen. Ser rechonchito es sinónimo de buena salud para algunas culturas en las que abundan los obesos que se justifican cebando a sus hijos como cerdos, para escaparle a la culpa. Cuando lo retiren del lugar más lindo de su vida, prepárese para la diversión. Primero necesitará oxígeno. Para ello: abra la boca, que es aquello que está pieza de por medio con lo que usa para estar viendo, y meta todo lo que no ve dentro de ella, eso se llama “aire” (lo del medio se llama “la nariz”, pero ya volveremos sobre ese tema). Ahora lárquelo, vamos, bien fuerte, y vuelva a repetir hasta que se muera. No se preocupe, se acostumbrará y además pasa rápido. Un grupo de personas, tranquilo, son de confianza, lo lavarán un poco

y lo pondrán presentable para el primer amor de su vida. No se preocupe si le sale ser directo e ir por la teta, con el tiempo aprenderá las normas sociales, y cómo es importante ir primero por el contacto visual y demás. En ese momento deberá usar lo que mencionábamos más arriba, “la nariz”, porque mientras chupa, igual que como hizo con el aire, pero ahora con lo que va a salir de ese piquito, que va a ser blanco y lo va a mojar si no lo toma; mientras chupa, decía, meta el aire por la nariz. Recuerde que necesita hacerlo constantemente. Por fortuna, la naturaleza nos ha provisto de dos alternativas para llevarlo a cabo (más adelante aprenderemos qué es el dos y los demás números, no se preocupe si no capta al detalle todo lo que le voy mencionando. Lo importante es que se quede con la idea general).

Pasará de esta forma al resto de sus días y viendo todo bastante borroso, durante varios de ellos (“borroso”, cómo explicarlo, es como si tuviera los ojos llenos de lágrimas por la tristeza que puede generar un fracaso o una novia que lo defrauda, pero no se preocupe por eso ahora que es chico).

Ya en su hogar, la presión se cernirá sobre cada logro que vaya concretando. Y me refiero a CADA logro. Verá, es tal la novedad de tener una vida creada por uno mismo, o adoptada, no importa, pero es tal, quizás por la carga social, quizás porque la iglesia insiste tanto, porque uno realmente lo quiere, o un poco de todo; que la vara, vamos a ser sinceros, está

bastante baja. Sumado a esto, ocurre que somos, y no se vaya a ofender con el comentario, bastante inútiles como especie hasta pasados los 16, y algunos mucho más. Digamos que de todo lo que se esperará de usted, hay dos momentos que son definitorios, es decir que, si la vida fuese una película, seguro irían al trailer: los llamamos ‘hablar’ y ‘caminar’. Hablar, oh, divina ocupación que algunos de sus colegas toman como única. Hablar es... cómo se lo explico, hablar es como llorar, como hizo al principio, pero sin perder agua, de manera articulada y con un orden establecido, de manera que el resto sepa qué necesita, qué no, qué piensa de tal otro, qué le gusta comer, o qué última información tiene sobre el clima. Igual para eso falta, durante mucho tiempo intentará lograrlo, pero no conseguirá más que balbuceos que serán básicos hasta para su gato (ya volveremos sobre el ‘su’, los demás pronombres posesivos y la propiedad privada). Para ‘caminar’, bueno, existen tantas técnicas como autores han escrito sobre el tema. Al ser yo uno de renombre, claramente tengo la propia: haga como cuando va a dormir, apoye el pupo (es importante que pronto aprenda a decirle ombligo, porque va a quedar mal) en el suelo. Estire bracitos y piernitas hacia adelante y atrás, respectivamente, y dóblelos; los brazos como si fuera a rascarse la cabecita, las piernitas como si jugara a aplaudir con los pies. Acerque las rodillas, que es la esquina donde se conocieron la pierna con el muslo, hacia el pecho y las palmas de las manitas apóyelas a la altura de los hombros. ¿Se acuerda cuando salió de su mamá lo que tuvo que hacer para no

quedarse adentro? Eso se llama ‘fuerza’, y lo mismo deberá hacer, tanto con manos como con pies. Apóyelos entonces contra el suelo e intente separarse de él con tanto rechazo como si tuviera gusto feo. Apoye ahora las rodillas y, con las palmas aún sobre el piso, levante la cola primero, cosa que le servirá mucho aprender si termina siendo corredor. Está ahora con pies y manos tocando el piso, formando una V corta invertida, mire qué inesperado logro para alguien tan chiquito: ya aprendió una letra. Ahora viene una parte que involucra un sentimiento clave para la vida: la confianza. Y eso deberá hacer con sus pies, confíe en que ellos, se lo aseguro, créales, soportarán el peso. Empuje con las manos y deje llevar su cabeza hacia lo más alto de la evolución. Lo felicito, está parado. Observe la habitación y elija un objetivo. Avance hacia él (este mismo proceso es el que aplicará a todo en la vida, así que recuérdelo bien). Levante primero un pie, apoye, luego el otro, y así, hasta que su mamá lo felicite.

Hemos cubierto la primera parte teórica. De ahora en más, puedo darle algún que otro consejo, que como decía encontrará con mayor detalle en mi libro, pero básicamente ya sabe lo necesario para seguir por su cuenta, es decir, depende de usted y, sobre todo, de la práctica. De todos modos, aquí le dejo algunos tips genéricos para ir entreteniéndose, a saber: coma de cuando en cuando, rico, y si quiere cuidarse, también. Baile, haga amistades, vaya a ver

teatro, forme una pareja o vínculo que le haga bien, beba, si se emborracha ya se le pasará, pero la culpa de lo que haya hecho no, así que sea responsable, y no diga que estaba borracho, uno siempre se acuerda de lo que hace. Cuide lo que le importa, aprenda cosas nuevas, todos los días y todas las noches, ambos momentos del día tienen sus ventajas y conocimientos propios. Enseñe, sufra, llore, fracase mucho, triunfe lo necesario y, sobre todo, y con esto terminamos por hoy, no deje que le digan qué hacer, nunca, jamás, ¿entendió?, que para eso estoy yo.

<•>

LA HORA MÁS ESPERADA

A las dos, tres de la mañana, me sentía libre. Nadie podía atraparme. Los problemas no llegaban a esa hora, tenían que esperar hasta el día siguiente. De hecho, no había hora, porque no usaba reloj. En ese momento, el tiempo no existía, y yo no estaba pendiente de él. Había urgencias, imprevistos, claro, pero problemas de esos que te ponen nervioso de lunes a viernes, de los que te persiguen, no. Para nada. Ningún reto de jefes, cero llamados de acreedores, reclamos de ninguna pareja, ni un llamado de un amigo que busca reconciliarse después de años, o filas para avanzar hacia un engorroso trámite; nada, nada que te moleste. Todo el tiempo para hacer lo que quisiera. Un agujero negro de ociosidades. Un abismo de tranquilidad.

Pero eso se terminó una noche. Un jueves a las 19.16, aún en la oficina, aguardaba con ganas la llegada de “mi hora”, porque la esperaba obligadamente, para mí era algo institucionalizado, el mejor momento del día. Nadie lo sabía, nadie lo esperaba, sino yo. Y eso lo hacía más interesante todavía. Habrán notado que la intimidad que dan los secretos tiene un disfrute incomparable. A las 19.17 no quedaba más que el encargado de seguridad en la planta baja (yo estaba en el piso 13). Había terminado con mis tareas y sólo me faltaba recibir la confirmación de mi jefe sobre el informe que le había mandado para irme a casa. En eso, escuché un golpecito en el

ventanal que tenía a cuatro o cinco metros del escritorio (era una oficina muy amplia, todo un piso, con escritorios por doquier, columnas, fotocopiadoras, dispensers de agua, como una redacción de un diario, pero bien alto. Aclaro esto porque siempre me imaginé las redacciones en planta baja, no sé por qué, pero me resulta coherente). Me levanté de la silla y me acerqué al vidrio. Observé y observé y nada. Sólo la enorme ciudad ante mis ardientes ojos, con luces que empezaban a encenderse por todos lados y autos que huían hacia todos lados. En un momento divisó un rostro. Difuso, pero un rostro. Y no estaba del otro lado del vidrio. Entonces me di vuelta y allí estaba la Muerte.

- Buenas tardes, Esteban – dijo con una voz tétricamente preciosa.

- Buenas tardes – dije, porque uno a la muerte no le pregunta cómo sabe su nombre.

- Vengo a...

- Ya sé, pero no puedo morir – la interrumpí.

- Ah, ¿no?

- No. No quiero.

- Esteban...

- ¿Por qué?

- Esteban...
- ¿Con qué derecho?
- Es un trabajo, Esteban.
- Como cualquier otro – me enojé.
- Como cualquier otro, vos lo dijiste – respondió conforme, y suavemente se quitó la capucha, dejando ver un rostro como de esqueleto, pero vivo, como blanco pero oscuro. Y muy, muy expresivo.
- No podés decir que es sólo un trabajo, venís a quitar una vida. A terminar, a sacarme todo.
- Es sólo un trabajo, que vengo haciendo desde hace siglos...
- A dejarme sin...
- ... y que ya no soporto.
- ¿Có... Cómo? - y aclaré la garganta, cosa que hago siempre que me pongo nervioso y no me sale la frase.
- Es un trabajo que quiero dejar, porque el poder que te da se disfruta, pero después de tanto tiempo...
- ¿Dejar? ¿Podés hacer eso? O sea que, ¿no me vas a matar?
- No, Esteban, de hecho, vengo a ofrecértelo.

- ¿Qué? - respondí escandalizado, aunque más que nada estaba aliviado.

- No vengo a matarte...

- ¿Cómo que no?

- Vengo a que me mates.

- Eh... no, pará, ¿qué estás diciendo?

- Te he observado mucho, Esteban. Sos la persona indicada para esto.

- No, no... pará un poco. Bancá. Yo... yo ya tengo un trabajo que me gusta.

- Vos sos el próximo.

Esteban se quedó perplejo.

- Mirá, esto ocurre cada 20 siglos, no sos el primero, yo reaccioné igual que vos, en arameo, bueno, pero reaccioné igual. La muerte es siempre la misma, lo que cambia es el enviado. Es como te digo, un trabajo. Te adaptás, como a todo. Y hoy empezás vos, conmigo. Quiero que me mates.

- Yo no quiero matar.

- Te acostumbrás.

La Muerte apoyó la hoz en el escritorio de Karina (si se enterara, con lo prolija que es ella con sus cosas) y comenzó a quitarse la túnica.

- Esto debés llevarlo siempre puesto.

- ¿No tengo otra opción?

- Y no, si no cómo van a saber quién sos.

- No, digo si no tengo opción... de no aceptar.

- No. Esto sabrás cómo se usa, un guadañazo seco, en donde más te plazca. El filo no es real según tu percepción, no mata el cuerpo.

No sé si fue su seguridad, o la curiosidad que me invadía, pero me acerqué al traje porque, no sé, quería ver de qué se trataba. Lo toqué, era sedoso, duradero por lo que se observaba, resistente. Tenía varios bolsillos. Dentro de uno de ellos encontré un reloj de esos redonditos, que medía en años y estaba por llegar a 2000. En fin, olor a humedad no tenía, se veía cómodo. Me rasqué la pera y comencé a colocármelo, para probar nomás, encima de la ropa de oficina.

- Subite la capucha, Esteban.

- ¿Así?

- Perfecto – me dijo. Y me quedé mirándolo, mudo - Ya sos un espectro. ¿Viste que no era para tanto?

- Emm... No sé, bueno...

- Ahora tomá la hoz – y obedeciendo la tomé.

Entonces todo se volvió más claro.

- Decime ... ¿Cómo... cómo querés morir?

- Eso lo decidís vos, nadie puede hacerlo por sí mismo.

- O sea... esta será mi vida, por los próximos... 2000 años.

- Sí, Esteban, es lo que te toca. Y si te toca, te toca.

- ¿Estás seguro de que soy yo el que buscabas?

- Date vuelta – me dijo. Y al girar observé reflejado al ángel de la muerte, y detrás a un pobre ente a punto de fenecer.

- ¿Cómo voy a saber quién me reemplazará?

- No lo vas a saber, en 2000 años, llegado el momento, elegís.

- ¿Qué? ¿Cómo “elegís”?

- Claro, al azar.

- ¡¿Qué?! ¿Al azar? ¿Entonces... pará... entonces podrías haber elegido a cualquier otro? Me condenaste. ¿Por qué... por qué carajo me hiciste eso, imbécil?

- ...

- Contestame.

- ...

- ¿Ni siquiera vas a tener esa decencia?

- ...

- ¡Enfermo! ¡Sos un enfermo! - y lleno de ira levanté la hoz y lo rebané. Cayó al suelo y comenzó a suspirar entrecortado, levantó la mirada, la fijó en mí y sonrió levemente. Sentí un frío más frío que la soledad más inmensa. Escuché un clic en mi pecho. Lo toqué y encontré el reloj, que ahora marcaba cero, y empezaba a avanzar con un movimiento ínfimo.

Hoy el reloj ya está en diez.

Ahora no espero hasta las dos o tres de la mañana, ahora ya nada me persigue, nadie, nunca. No tengo problemas, ni angustias. Pero tampoco tengo libertad, y me desespera. Anhele la llegada del momento en que todo esto acabe... Falta tanto, al menos otros veinte siglos. Seguiré esperando y ese día, llegará la hora exacta en que dejaré de mirar este

maldito reloj, y al fin, podré vengarme.

<•>

INSTRUCCIONES PARA CONSTRUIR UNA HABITACIÓN (EJERCICIO GEOMÉTRICO LITERARIO)

ACLARACIÓN: Puede usted seguir este texto realizando un ejercicio de abstracción completo sólo guiado por sus letras, o bien ayudarse del bosquejo que lo ilustra más adelante.

Piense en una esquina. Ya tiene tres líneas (1). Al menos su inicio. No podemos definir universalmente el largo de cada segmento de recta, puesto que depende de lo que usted decida (y estas instrucciones no las está leyendo un sólo Usted). Sean cuáles fueren dichos largos, continúe la línea vertical de la primera esquina hacia arriba, frene. Ahí comienza el techo, así que no frene muy de golpe. Doble perpendicularmente y trace entonces un perímetro rectangular a gusto o de acuerdo al dinero disponible, lo que se agote primero.

Ha quedado ahora posicionado en un ángulo situado justo por encima de la esquina inicial. Vuelva sobre la última línea horizontal y descienda verticalmente la misma distancia que subió al principio (a quien escribe le gusta la simetría). Tiene entonces dos líneas verticales pertenecientes a la misma cara

del futuro prisma, y un perímetro que las hace parte de una misma idea inconclusa, procrastinación geométrica que le dicen. El objetivo que sigue es trazar el perímetro inferior. Puede ahora hacer dos cosas respecto de esta obra. Ir en busca del ángulo original o hacia el otro lado.

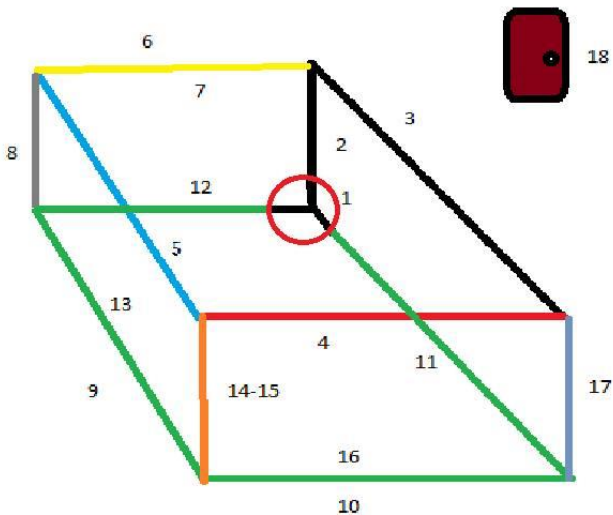


Imagen 1 – Diagrama de habitación

Recomendamos esta última opción, por considerarla más osada, como todo lo desconocido que uno emprende. Complete entonces el perímetro inferior hasta llegar ahora al final de la segunda línea vertical, es decir, donde lo inició (todo

termina donde empieza). A partir de aquí será moneda corriente el repasar ciertas líneas. Si no lo hacemos, trazaremos diagonales innecesarias que generarán dibujos confusos, inconexos en el suelo y las paredes. Estábamos al final de la segunda vertical entonces, en su extremo inferior y con ambos perímetros completos. Tenga a bien ahora avanzar desde allí, no hacia la línea vertical inicial sino hacia la anteúltima futura, es decir, la más enemiga de las no diagonales, por la regla que mencionamos más arriba, la que está más lejos pero sin cruzarse. Una vez que llegó allí, suba y baje. Luego, diríjase inmediatamente y para no aburrirse a la esquina restante y más cercana (que por el momento es sólo un ángulo recto acostado) y suba hacia la esquina superior que aguarda ansiosa la completitud espacial de los obsesivos. Rellene con muebles y demás objetos. Tape el ambiente por si llueve.

Al finalizar, punto clave, piense en una puerta, en cualquiera de las paredes, para que su imaginación no quede encerrada en la habitación.

Alejados ya de la matemática, ensayemos otra aproximación al asunto. Si quiere crear una habitación, complete dos perímetros, únalos con líneas verticales entre sus aristas, cierre con techo y piso y viva. Viva mucho tiempo, lea, oiga música. Más le vale haber pensado en un tomacorriente, en estos tiempos son fundamentales. Cante, dése una ducha o un baño de inmersión. ¿Vieron que hay mucha gente que dice "baño

de inversión"? Simpático, como si uno hubiese aprendido qué es lo lindo de la vida y no gastase el tiempo en esos baños, porque no es un gasto. O como si hubiera cambiado las prioridades, ya no me preocupo por la oficina Luis, es más ya no me preocupo, me despreocupo, lo invierto. Una vez que sale de ahí y se seca (y se me seca bien porque si no se resfría), se viste. O se queda así, como Dios lo trajo al mundo pero más alto, y se tira sobre un lado de la habitación y la disfruta. ¿Se da cuenta? ¿Ha visto? También de esta forma se puede crear una habitación. Y quién le quita lo bailado, la construyó usted mismo. Dedíquela, vamos hombre. A esos que no lo creían capaz de nada. Vaya y dígales, acá lo tienen; 'LA' tienen se dice; sí perdón, es que con tanta expectativa y nervios me sale decir cualquier cosa, confundo las palabras; No se preocupe maestro, vaya y diga lo que siente; Se lo dedico a todos; Eso es, ¡bien dicho!

Así es cómo. Así se construye una habitación, así se construye una parte de la casa. Como pasa con los episodios que conforman la vida, de este modo se crea uno de ellos. Y después podemos ir por la losa, porque no tenemos techo, o al menos no uno sólo.

<•>

EL BETO LLORÓ

Sonaba una cumbia y el Beto lloraba. No sabía por qué, jamás lo había hecho. Primero apareció una lágrima y confundido, miró hacia el techo. Luego otra y ya dudó de que fuera una gotera. Con el índice se tocó el ojo izquierdo y se miró la yema. La notó húmeda y se lo restregó. Entonces comenzó a llorarle el derecho. Dos hilos le serpentearon las mejillas y se transformaron en arroyitos de agua salada. El corazón le palpitó y la respiración se le agitó, hasta que, sin querer, gimió.

- ¡Callensé, hijos de puta! ¡Oreja, la música! - gritó el guardia Giménez, seguido del taconeo de sus botas. Beto no escuchaba. Miraba en la pared a la única compañía de la noche, una cucaracha a la que estaba a punto de ponerle nombre.

- Vení a apagarla vos - desafió el Oreja. Los pasos se hicieron más fuertes y hasta su casiamiga temió quedarse. Subió rápidamente por la pared y se escondió en el techo.

- No te vayas - le rogó Beto. En la cama de abajo roncaba el Charco, compañero de celda. Corpulento, hosco y peludo. Le decían así por la marca que dejaba al matar. Realizaba un tajo en la arteria femoral para asegurar gran cantidad de sangre en el suelo. Solía contarle a Beto cómo extrañaba pisar ese lago

divino. Apoyaba suavemente su borrego y acercaba la cabeza para ver cómo la sangre se le metía entre las ranuras de la suela. Le hacía acordar a la pipeta que usaba la profesora de química en el laboratorio de la escuela. La única persona que lo retó, y su primera víctima. El Charco siempre decía que esas huellas de sangre eran poesía.

- ... y por ellas me agarraron... justicia poética - siempre el mismo chiste, y siempre la misma risa al contarlo. La cumbia se apagó de pronto y al silencio le siguió un chirriar de puertas. Alguien entraba a la celda del Oreja.

- ¡Pará, Giménez! ¡Ya la apagué! ¡Pará! - la nueva melodía fue un alarido. Y luego otro. Y otro. Un arpegio de dolor. Beto seguía en la suya, intentando ganarle al desvelo. Sabía que no había hecho nada para sentirse así, que no lo merecía. El doctor se lo había dicho bien clarito, o eso creía recordar, que él no tenía la culpa, o algo por el estilo. Pero el médico jamás dijo eso.

- Usted no tiene culpa, no siente nada. Usted es un sicópata.

- ¿El Beto sicópata? No exagere, doctor. ¿De verdad me dice? ¿Alguien me puede juzgar... en serio le digo... ¿Alguien me puede juzgar por darle un par de sopapos a mi hijo? ¿Cómo me va a contestar así delante de los pibes? Tenía que aprender el atrevido. ¿Quién lo iba a educar si no? Se me fue un poco

la mano, bue', qué sé yo, puede ser. Sería medio blandito el guacho. Pero la intención no era mala.

El Betito, así le decía su vieja hasta que dejó de hablarle, llevaba diez años encerrado por matar a su hijo y nunca, jamás, había llorado, por nada. Por eso andaba confundido, no sabía lo que era estar compungido, la opresión en las costillas, el ardor en la cabeza, la lengua seca. Creyó que se estaba enfermando, o volviendo loco. Los gemidos aumentaron y despertaron al Charco.

- ¿Qué te pasa, Beto? - pero el Beto no respondió. Estaba paralizado y no sabía qué hacer. El llanto aumentaba y con él, los ruidos vergonzosos de una garganta llena de preguntas. Las botas de Giménez se acercaban. Unas gotas rojas caían al piso, mientras se secaba los nudillos. El odiado guardia detuvo la marcha en medio del pasillo.

- ¿Me están jodiendo? ¿Qué es esto? ¿El penal de mujeres, manga de putos? ¿Quién es la nenita que está llorando? - Giménez seguía caminando, buscando la fuente de su desprecio. El Charco levantó la cabeza y se dejó ver desde abajo.

- Calláte porque te faja - Beto asintió con la cabeza, abrió la boca para agradecerle, pero comenzó a ahogarse y a toser muy fuerte, cada vez más.

- ¡Beto, dale! No seas mariquita. Mirá que me hago el dormido y cagaste ¿eh? - amenazó el Charco, descolocado. Pero el Betito no podía hacer nada contra esa invasión. El agua de las lágrimas ya le mojaba el torso. Hasta la voz le lloraba. Como un chanco al que carnean, los gritos le empezaron a salir por todos lados. El Charco no sabía cómo callarlo y hasta se puso de pie. Se delató, porque Giménez había llegado a la reja.

- ¿Qué mierda les pasa, pelotudos?

- Ya se le va, Giménez - pero nunca nadie había mentido tanto. El guardia hizo una seña con su mano para que abrieran la puerta. Beto comenzó a temblar y el Charco, sorprendido, creyó oír unos latidos. Entrecerró los ojos y miró a Giménez, que estaba perplejo. Seguramente, él también los oía. La puerta comenzó a abrirse y a ambos les resultó rara la ausencia del chirrido. Giménez levantó la voz para imponerse, pero el Charco sólo veía como su boca se abría y cerraba. Los gritos de Beto le ganaban a todo. El hombre avanzó entre una marea de sonido, una especie de niebla gelatinosa y transparente, que le demoraba la marcha hacia el castigo. Un pitido invadió los sentidos de la autoridad. Los llantos salieron rebotando de la celda y comenzaron a aturdir a todos los reclusos. Los lamentos crecieron cada vez más y el ambiente se fue oscureciendo. La vibración se volvió temblor. El temblor se volvió vibración y el suelo parecía a punto de desmoronarse. Beto, aún sobre la cama, subió más la voz. Miró al guardia y

al Charco y pareció pedirles ayuda. Los ojos desesperados, el cuerpo paralizado. El agua caía ya como una cascada hacia el suelo y rodeaba el calzado del Charco, que bajó la cabeza para ver cómo se le metía entre las ranuras. Giménez sintió compasión y estiró la mano para alcanzar a Beto. Pero este ya no podía más, no tenía control sobre nada. Entonces se empezó a apagar, de a poco, sufriendo, parte por parte. Las piernas que le colgaban, primero, y ya no podría caminar. El tronco, erguido, después, y dejaría de sentir y respirar. Le siguieron los brazos, culpables, y ya no podría luchar. Finalmente, la cabeza, que ya no podría justificar. El Beto se murió, llorando. Sólo quedó un rugido, constante, que atravesaba paredes y avanzaba más fuerte que la vida. Ya se lo oía en el patio, en el barrio. Cruzó los campos, movió los árboles, ahuyentó a los pájaros. Las aguas de los ríos se oscurecieron y una nube cubrió aún más la noche. La ciudad entera se inundó de gritos y lamentos, que avanzaban entre las calles y los edificios, entrando por las ventanas.

Una madre despertó, y al escuchar, recordó a su hijo, y por primera vez en mucho tiempo, sonrió.



PARA MATAR A LA PRIMAVERA

Y llegó el Invierno, que volvía del baño, mientras el Verano terminaba de calentar el agua y el Otoño esperaba sentado junto a la mesa. El Verano llenó el termo y se sentó junto a los otros dos. Era 21 de septiembre a la noche.

- ¿Cómo mierda hizo? - preguntó consternado el Invierno.

- Ya está, ¿qué vas a hacer? Es así y es así. ¿Arranca ese matecito? - dijo el Otoño.

- Pero no puede ser, ni que tuviera coronita - se enojó el Verano. Un celular sonó algo bajito. El Verano sacó el suyo del bolsillo. Era un mensaje de la madre:

" - Casi se me pasa. Feliz primavera!!"

- ¡La concha de la lora! - exclamó - Jamás me escribió para decirme feliz invierno, u Otoño, ni feliz cumpleaños, casi. Pero la Primavera sí, ahí está al pie del cañón la vieja. La puta que la parió.

- ¿Quién es? - preguntó el Invierno a la vez que apuraba al Otoño con un gesto para que largara el mate.

- Mi vieja. Todo el día así fue. Bueno, para ustedes también, seguro.

- Yo no tengo celular - respondió el Otoño y pasó el mate al Invierno.

- ¡Ceba él, Dios! – el Invierno tomó el mate, le rascó la base y lo devolvió rápidamente a quien correspondía - Dame uno bien calentito. - le pidió al Verano.

- No la soporto. ¿A quién le ganó? ¿Qué carajo festeja todo el mundo? Encima... Ni siquiera es que apareció antes. No es que tenía el monopolio y llegamos nosotros a dividir el mercado. ¡Siempre fuimos cuatro! - exclamó el Verano mientras pasaba el mate al Invierno. Este le señaló la mesa. Nunca tocaba el mate antes de tomarlo, porque se le enfriaba enseguida. En cambio, lo sorbía directo de la mesa.

- En eso tienen razón. A ver, hay algún país del Caribe donde no estamos todos, o algún Polo dónde sólo está el fresco este. Pero en el 80 por ciento de la superficie terrestre, si vamos a lo técnico, primero vinieron ustedes dos, dependiendo del hemisferio, obviamente - aburrió a todos el Otoño.

El Verano miró desafiante al Invierno.

- Bueno, bueno, lo de quién vino primero...

- No entremos de nuevo en esa. ¿De qué querés hablar? Arrancamos el debate con glaciaciones si querés.

- Siempre con la misma pavada, eso no era...

El Invierno lo interrumpió intempestivamente.

- Siempre con la misma verdad, la única. No viene al caso, pero el que inició todo esto fui yo. A mí me crearon antes que a nadie. Yo soy el inicio de la historia, soy el fin de los tiempos. Así que...

- Chorea mucho con lo de los estudiantes también - continuó el Otoño, totalmente perdido en sus pensamientos. Mientras tanto, el Invierno aprovechó para un sorbo reconfortante a la vez que saboreaba aún sus palabras.

- ¡Es verdad! - estalló el Verano - En Argentina, por ejemplo, se festeja el día del estudiante el 21. Qué tendrá que ver, decime vos. Pero claro, es un día que no se va a la escuela, entonces los pibes chochos con que arranca la Primavera.

- Encima siempre, pero siempre que arranca ¿eh?, siempre llueve - acotó el Otoño.

- Qué bajón que tengo, por favor - dijo el Invierno mientras devolvía el mate.

- Yo no suelo hablar mal de la gente - aclaró el Otoño - pero qué turra hija de puta que es.

- Menos mal que no hablás mal - se sonrió el Verano.

- Es que tiene razón - lo defendió el Invierno - No conocí ser más soberbio que la Primavera. Cada uno tiene lo suyo, pero esta, no sé, se cree mil. La mejor del mundo. Vos tenés la jodita de las

vacaciones - increpó al Verano – aunque igual, y ojo, con todo respeto te lo digo, los días lindos, el calorcito, vienen con ella. Vos sos como una copia subrayada de la Primavera.

- Y exagerada - acotó el Otoño.

- Bueno, bueno, bajen un cambio. Ahora se la agarran conmigo.

- No podemos seguir así - reflexionó el Otoño.

- Algo hay que hacer - dijo el Invierno, con la mirada perdida.

El Otoño hizo señas para un segundo mate. El Verano le indicó que le tocaba a él.

- Habría que hablar con ella y, no sé...

- No hay que hablar más. Yo no les conté. Pero hace un par de semanas, cuando estábamos organizando la transición en América del Sur, tuvimos un encontronazo.

- ¿Qué paso? - preguntaron el Otoño y el Verano al mismo tiempo.

- Nada. Estábamos conversando y así, de la nada ¿eh?, empieza a decir que ya está llegando la mejor época del año. Que todos esperan ese día, que recién ahora arranca la posta. Que nunca deja de estar feliz de cómo la vida se inicia con ella, que hasta los animales la aman. Y que la empecemos a aprovechar un poco más, que la imitemos, porque solemos ser hostiles con la gente, y eso a

largo plazo les va a traer enojos. Y que un poco de razón van a tener. Que además, nosotros no somos importantes, pero que de alguna forma, somos un mal necesario, para contrastar con ella y destacar lo que realmente vale la pena... “Ninguna de ustedes es nada sin mí”, así, textual... Fue muy feo.

- No la aguanto más. La odio, la odio como nunca odié a nadie - dijo el Verano - Tenemos que armar un plan...

- ¿Un plan para qué? - se sorprendió el Invierno.

- Para matar a la primavera.

El silencio se sumó a la tertulia. Se sintió un escalofrío en el aire, y la oscuridad pareció apoderarse de los rostros de las tres estaciones. Nadie se indignó por la idea. Ninguno se enojó con el Verano, ni este se arrepintió de lo que había dicho. Sin mediar palabra ni gesto, estuvieron todos de acuerdo. Lo tenían adentro, quizás muy adentro. Hasta el momento, no había sido más que una fantasía, un sueño catártico, una forma de descargar las frustraciones de forma privada, sin que nadie lo supiera, durante años. Pero ya no. Había abandonado el plano de lo individual, porque alguien se había animado a verbalizarlo, y se había vuelto real. Y colectivo. El Otoño, enfervorecido, aspiró con la boca abierta.

- ¿Cómo hacemos? No sé si quiero asesinar.

- No es asesinar. Somos estaciones, no personas - dijo el Invierno.

- ¿O alguna vez viste algún código civil o ley, de cualquier parte del mundo eh, que impida hacer lo que estamos diciendo que vamos a hacer? - agregó el Verano.

- Tenemos tres meses para planearlo – dijo el Invierno – las hojas ya están caídas en el hemisferio Norte. Así que no necesitás hacer mucho más, a lo sumo largar alguna lluviecita cada tanto, y nadie va a notar tu ausencia. Contamos con la fuerza de los tres para ejecutar lo que nos propongamos.

- Bien - afirmó algo dudoso el Otoño - Pero, ¿y si dejamos pruebas sin querer? No quiero quedar incriminado, o sea, que nadie quede.

El Verano continuaba en silencio. Ambos lo miraron mientras el rostro se le iluminaba, literalmente.

- Tenés que hacerlo vos - miró al Invierno – y vos la vas a convencer – se dirigió al Otoño.

- ¿Yo? ¿Por qué yo? Ahora me siento culpable por lo que dije. Y además, ¿cómo voy a hacer para que no me descubran? Nunca me caractericé por la sutileza - se preocupó, la más fría de las estaciones.

- No tenés que hacer nada, más que ser el Invierno.

- ¿Eh?

- ¿Qué es una estación? - cuestionó el Verano.

El Otoño lo miraba confundido.

- ¿Cómo que qué es? ¿Nosotros decís?

- Claro, ¿qué es una estación, sino todos los posibles climas, contenidos durante un período determinado, en un cierto lugar del mundo? No vas a tener que hacer nada, más que ser el Invierno.

El Invierno hizo una pequeña mueca con la boca, algo estaba comenzando a entender. El Otoño estaba más perdido que antes.

- ¿Qué decís? ¿Quién mata siendo?

• • •

Eran las veintitrés y treinta y nueve horas del veinte de Diciembre. El Otoño guardaba las últimas cosas en su bolso. Tomó su teléfono y escribió:

“Saliendo”

Enseguida llegó la respuesta.

“Suerte. Yo ya la estoy esperando y te la mando. Que no sufra, por favor”.

El Otoño abrió la puerta. El Invierno aguardaba en el pasillo. Se miraron unos segundos.

- Despreocupate, estoy listo - dijo el Otoño.

- Un mes. No más que eso. Y yo también lo voy a estar. Te espero ahí.

Se estrecharon la mano y el Invierno entró. El Otoño emprendió su camino.

La Primavera se peinaba frente al espejo. Probablemente por décimo octava vez. El Verano golpeó la puerta.

- ¿Quién es?

- *¡Ya es casi la hora!*

Delicadamente, dejó el peine sobre la amplia mesada del baño y comenzó a abotonarse el vestido. Salió a la habitación, se puso la campera, los lentes de sol y una capelina amarilla. Abrió la puerta y sin mirar a los ojos al Verano le dijo:

- Sacame ese bolso de ahí y fijate si no dejé nada debajo de la cama. Estoy con los tacos y no quiero agacharme.

El Verano se quedó mirándola. La Primavera giró hacia él y con dos dedos se bajó apenas los lentes.

- ¿Vas a estar mucho tiempo pensando en lo que te pedí? ¿O es que te resulta muy complicada la idea?

El Verano tenía el plan aprendido a la perfección, pero durante tres segundos se le cruzó la idea de ahorcarla allí mismo. Se detuvo, porque eso sería, de alguna forma, otorgarle una nueva victoria. Encontrarían el cuerpo y sería considerada, no sólo la más mimada de las estaciones, sino la heroína que habría dado la vida por vaya uno a saber qué causa que le inventarían. Puro marketing, como todo lo que tenía que ver con ella. Miró hacia abajo dos segundos, suspiró disimuladamente y, sin decir nada, ingresó a la habitación. La Primavera hizo una mueca de autosuficiencia y salió a admirarse en el espejo del pasillo.

El Verano ingresó a la habitación, tomó el bolso y se agachó a observar casi con dejadez bajo la cama. Estaba a punto de ponerse de pie, cuando un brillito le llamó la atención. Estiró la mano y alcanzó una medalla. Era la medalla Común, la que cada uno había recibido en el comienzo de los tiempos. Con su nombre grabado y las iniciales de los otros tres: “P”, “V” y “O”. Quizás la habría dejado caer ese mismo día, o tal vez la había olvidado hacía siglos, y nadie había vuelto a mirar debajo de la cama. Iba a tirarla, pero tuvo una mejor idea, le daría una lección. Abrió el bolso e introdujo la medalla en un bolsillo de la primera campera que encontró.

- Se va a acordar de lo que era bueno cuando la encuentre.

- ¿No había nada más? - preguntó la Primavera al verlo salir.

- No... nada. ¿Vamos? - respondió sin mirarla el Verano.

El viaje inició en los Alpes suizos. La Primavera nunca había esquiado y el Otoño se defendía, por lo que le enseñó los movimientos básicos. Las tardes eran muy amenas y variadas. Compartieron algún que otro chocolate caliente en la ladera de una montaña; viajaron en barco por un río helado; comieron muchos frutos secos y tomaron leche de almendras (la Primavera siempre fue vegana y el Otoño nunca tuvo la personalidad para contradecirla). Transcurrieron así, entre tranquilos y aburridos, las primeras tres semanas.

- ¿Puedo elegir el próximo lugar? - cuestionó una noche la Primavera, mientras se quitaba los esquíes. No estaba del todo conforme con pasar sus vacaciones a tan bajas temperaturas y con tan bajas expectativas.

- Dos paradas más, y vamos a donde quieras. Me gustaría visitar a unos parientes que no veo hace mucho tiempo. Y me pidieron conocerte. No pueden creer que seamos amigos.

- Bueno, no sé si 'amigos' es la palabra.

- No es sólo admiración lo que tengo por vos. Hay un cariño, una estima. Y me gustaría pensar que de tu parte ocurre algo parecido.

- No creo. Es decir, mirá, a ver, posiblemente no sea tan fuerte de mi parte como de la tuya, lo cual es lógico. O sea, sos el Otoño. Quizás con el Verano tengo más cosas en común. Y hasta te digo con el Invierno, porque es un tipo intenso, pasional. Pero vos... qué sé yo, sos medio tristón, melancólico, no aportás mucho al

mundo ni a la naturaleza, sos más bien una transición no muy deseada, un mal necesario para que las cosas se renueven. Como las otras dos, pero en tu caso más mal que necesario. Generás gris en la gente, las hojas se caen, ¿entendés? SE-CAEN. Tendrás tu profundidad espiritual, no lo dudo, aunque tampoco es algo que me llame mucho la atención. Pero bueno, hagamos esa visita. Vamos a ver a tus familiares, les damos el gusto, te hago el favor a vos y seguimos viaje. Y retomando esa idea de la próxima parada, mi respuesta es buenísimo, este año me gustaría conocer Méjico.

El Verano transcurría apacible en el hemisferio Sur. Intercambiaba mensajes de vez en cuando con el Otoño y seguía sus pasos. Pocas veces había ocurrido tan poco durante un verano. Se ve que estando tan concentrado en lo otro, se olvidó de provocar algún incendio forestal o una que otra sequía, como para no llamar la atención. El Invierno, mucho más frío en este tipo de situaciones, se lo hizo notar. Por lo que los bosques de la Costa Argentina debieron arder por unos días para que todo aparentara ser, digamos, cotidiano.

El siguiente destino era Alaska. La Primavera casi que hasta se había entusiasmado con conocer a sus admiradores. De hecho, en el aeropuerto, compró algunas golosinas para convidarles.

- ¿Queda mal si les firmo un chocolate? - preguntó mientras avanzaban en la fila para abordar.

El Otoño no respondió. La Primavera creyó que estaba emocionado por la propuesta, por lo que no insistió con su pregunta y dio por aprobada su propuesta.

El vuelo duró cerca de quince horas. De vez en cuando, el Otoño tenía algún recuerdo positivo de su relación con la Primavera. Y, aunque mínimamente, la duda y el arrepentimiento lo visitaban.

El avión tocó hielo y ambos se dirigieron hacia el puente. Un taxi los alcanzó hasta una cabaña de alquiler de trineos a motor. El Otoño pagó por una mientras la Primavera aguardaba afuera.

Una vez encima del vehículo, le hizo una seña a la Primavera para que subiera.

- ¿Tan lejos viven tus parientes?

- No tan lejos, pero sí en un lugar difícil de llegar en auto o a pie. Igual es una de las primeras casas que vamos a cruzar.

- Che, ¿y por qué no vas vos mejor? Yo te firmo los regalos y te espero acá - la Primavera estaba a punto de ponerse vaga.

- Acompañame, por favor. Mi tía, la que más ilusión se hizo, tiene una enfermedad de años. Recién intercambié unos mensajes con mis primos. Están muy contentos. Y a ella le haría tan bien verte.

De mala gana, pero empujada por el ego más que por la empatía, la Primavera hizo una mueca de “bueno, está bien” y se subió detrás del Otoño.

El Invierno monitoreaba todo desde su habitación. Concentrado en ver si la Primavera aceptaba o no subir al trineo, se le había escapado una corriente cálida en Carolina del Norte, y tocó un día hermoso en pleno Octubre. En su mapa de temperatura, se veía bien clarito el punto de destino, o del destino de la Primavera y el Otoño. Y no faltaba mucho para que llegaran a semejante frío. Ya había pasado el mes necesario, estaba listo.

- ¿Cuánto tiempo vamos a estar en esta zona? Yo no traje tanto abrigo - dijo la Primavera mientras el gélido viento le golpeaba la cara. El chofer giró hacia ella y gritó sobre el ruido del motor.

- Un rato – poco a poco, el Otoño se volvía más seco.

A lo lejos se divisaba una cabaña sobre una pequeña lomada.

- ¿Ahí es?

- Pasando. Tené paciencia.

La Primavera dudó. Por primera vez en todo el viaje, se permitió no estar segura de todo y sospechar.

- No se ven más cabañas adelante.

- No viven en una cabaña.

Iba a palparse los bolsillos, buscando algo cortante o contundente cuando el Otoño dijo:

- En cinco minutos llegamos.

- ¿En qué viven?

- Una casa rodante.

- Ah, ¿y cómo se llama tu tía? - interrogó la Primavera.

- Emm... Amalia. Estás preguntona hoy.

La Primavera intuía algo horrible, que no se animaba a poner en palabras.

- ¿Y tus primos?

- Gerardo y Mariano

- ¿Y a qué se dedican?

- Son carpinteros.

- ¿Viven todos juntos?

- Sí. Desde que murió mi tío.

- ¿De qué murió?
- Del corazón.
- ¿Hace mucho?
- 5 ó 6 años.
- ¿Quién lo encontró? ¿Gerardo o el otro?
- Gerardo.
- Ah, ¿y el otro cómo era? ¿Marcelo?
- Sí... eh... Marcelo.

La Primavera se arrojó al suelo. Por instinto, impulsividad, mecanismo de supervivencia. Rodó cuatro o cinco veces antes de que el Otoño lo notara.

- ¡Hija de puta!

El frío le pegó de lleno en la nariz y los ojos y la nieve se le metió por todos lados. Se despabiló de pronto y era como si por primera vez hubiese visto: querían matarla.

El Otoño detuvo la marcha y descendió a toda velocidad. Corrió unos metros a la deriva hasta que vio a la Primavera incorporarse a unos metros. Ella lo vio y comenzó a escapar. Se metió entre los árboles y los sacudió un poco, para que cayera nieve en el suelo y tapara las huellas.

El Otoño acechaba, amenazante como nunca. Analizó el terreno y apoyó una mano sobre uno de los árboles. Unos segundos después notó cómo la nieve se hacía agua. No quería matarla, no estaba en su esencia. El plan era otro, sólo debía llevarla hacia lo más crudo del Invierno. Era el Otoño, nunca sentía muy fuerte. Pero ahora era fuego, y derretía la nieve.

¿Dónde estaba esa basura? ¿Por qué se resistía? ¿Por qué no abrazaba de una buena vez su destino?

La Primavera aún lamentaba un error tan grosero, cómo no había notado la amenaza. ¿Cómo era tan ciega? El frío le calaba cada vez más hondo. Metió las manos en lo más profundo de los bolsillos, creyendo que allí sí recuperaría el calor. Sus dedos tocaron algo en el bolsillo derecho. Miró hacia todos lados, el área parecía libre, ¿lo había perdido? Sacó lo que sea que fuere del bolsillo, lentamente, mientras revisaba todo su alrededor con cuidado. Con la mano salió la medalla. La miró con asombro y por un brevísimo instante, sintió que nada de aquello ocurría. Que estaban de nuevo en el Primer día, siendo instruidas en sus, quizás ahora ya no, eternas tareas. Eran amigas, pares, se respetaban, se admiraban, y juraban protegerse por siempre.

El Otoño se acercó por la espalda y la tomó del cuello.

- Ahora vas a volver al trineo. Y vas a hacer todo lo que te diga. Yo no te voy a lastimar. Pero tenés que venir conmigo.

La Primavera intentaba respirar, pero le costaba demasiado.

- Si te quedas quietita, no te va a pasar nada...

Notó que la medallita tenía un pequeño filo. Era su último intento. La empuñó con todas sus fuerzas y le cortó el rostro al Otoño. Corrió como nunca en su vida, esquivando árboles, alejándose del peligro. Pero a los pocos metros se detuvo. Ya no lo veía. Necesitaba respirar, y sentirse de nuevo vencedora, soberbia, lo que para ella era más importante que el oxígeno. Inspiró muy fuerte y comenzó a correr otra vez. Pero su destino estaba escrito, una raíz se interpuso en su camino y la Primavera tropezó y cayó sobre la nieve. Sintió un ruido. Se había fracturado algo. De cara a la nieve y respirando entrecortado, comenzó a toser. La Primavera jamás había tosido. Una sombra la cubrió, pero ella no dejó de mirar la nieve. El Otoño ya era un perro de caza. Nadie le impediría cumplir con su objetivo.

- ¿Por qué complicaste todo? Esto iba a ser mucho más fácil. Y yo... yo no tenía que hacer nada más que llevarte al lugar más frío. Él se iba a hacer cargo de todo. No yo. ¿Entendés? Vos no ibas a aguantar. Y se iba a terminar. Tan sencillo como eso.

La Primavera seguía en silencio. Poco a poco, el miedo fue reemplazado por el asombro. Recién ahora se detenía a observar. Todo era nuevo para ella. Y además, ya no había mucho por hacer. Las manos quemando del frío, el blanco reflejo engeguecedor. El aire, distinto. Todo aquello le causaba fascinación.

- Tendrás que hacerlo vos, entonces. Y hacerte cargo de las consecuencias.

- ¿Qué consecuencias?

- Soy el inicio de la vida, soy el comienzo de todo.

- Lo mismo dijo el Invierno.

- Pero en mi caso es verdad. No es fácil matar a la Primavera, ni gratis - elevó la mirada, aún sin enfrentar al Otoño y quedó perdida entre los árboles.

- Basta.

- ¿Creían que no les iba a costar?

- Yo no quería...

- Matame, cagón.

El Otoño soltó una lágrima. Se agachó, tomó una roca y con todas sus fuerzas, la asesinó. Una, dos, muchas veces. Descargó toda la ira acumulada por siempre, la propia y la del Verano. La de ambos y la del Invierno. Tres estaciones deshaciéndose de la cuarta. Nueve meses de veneno sobre su cabeza. La sangre de la Primavera corrió formando un pequeñísimo sendero sobre la nieve, por donde inmediatamente crecieron ínfimas florcitas. Un camino de colores que avanzó hasta detenerse, que se fue

marchitando con los segundos, hasta volverse negro e inerte. Ese fue el fin de la Primavera.

• • •

El Invierno calentaba el agua. El Verano golpeaba sus pies contra el suelo, nerviosa e intermitentemente.

El picaporte giró. Un Otoño de manos ensangrentadas y rostro cortado apareció tras la puerta.

Se detuvo unos segundos, en los que el Verano no hacía más que mirarlo. El Invierno se levantó y lo ayudó a sentarse.

- Vení, ya está. Dale un mate, o un té. ¿Me escuchás? ¿Estás con nosotros?

- Tuve que hacerlo yo.

- ¿Cómo fue? - se escandalizó el Verano – No me digas que la hiciste sufrir.

- Hubieras estado vos si sabías cómo hacerlo.

- No pienses en eso ahora – los frenó el Invierno.

El Verano tomó la pava y le sirvió una taza de té caliente.

- Esto te va a hacer bien - dijo, intentando remediar su anterior comportamiento.

- ¿Qué va a pasar ahora? - preguntó el Otoño mientras se sentaba, y parecía volver a mostrar su cara melancólica.

- El tiempo lo dirá. Creo que lo mejor... no sé, sería que nos repartiéramos los meses en partes iguales. Pero ya habrá tiempo para eso.

- ¿Cómo? - cuestionó el Verano.

El Invierno intentaba conservar la calma, ser racional. Pero no podía ocultar su entusiasmo, porque ya lo había pensado todo. Buscó una carpeta en un mueble, y extrajo una hoja con una tablita.

- Pensaba que tuviéramos una reunión mañana para definir. Pero ya que surge la pregunta – y les mostró la tabla que había armado en Excel:

Verano/Invierno			Otoño/Primavera			Invierno/Verano			Primavera/Otoño		
Enero	Febrero	Marzo	Abril	Mayo	Junio	Julio	Agosto	Septiembre	Octubre	Noviembre	Diciembre

- Así estábamos hasta hoy. Mi propuesta es que, a partir de ahora, nos quede algo como esto:

Verano/Otoño				Otoño/Invierno				Invierno/Verano			
Enero	Febrero	Marzo	Abril	Mayo	Junio	Julio	Agosto	Septiembre	Octubre	Noviembre	Diciembre

- Pero van a tener que cambiar la estación de la Navidad - se sorprendió el Verano.

- ¿Dónde? En el Sur va a seguir igual - respondió el Invierno.

- Bueno, es cierto. Alguna vez tenía que tocarle una mala al Norte
- respondió el Verano - Papá Noel va a tener que llevar paraguas
en vez de abrigo rojo.

Todos rieron. En especial el Otoño, que se sentía más importante
para el equipo.

• • •

Dos años transcurrieron con esta nueva dinámica. Los inviernos
fueron más crudos, los veranos más calurosos y los otoños más
melancólicos.

Cada una de las estaciones era por fin feliz, con tanto tiempo para
poder dar lo mejor y satisfacer a la población entera. Sin embargo,
siempre hay un sin embargo, la Primavera parecía tener razón, con
eso de que matarla tendría un costo. La gente no la extrañaba
como tal, porque ya la habían olvidado (es fácil olvidar una
estación). Hacia el inicio del segundo verano, la alegría era
particularmente excesiva, la época de mayor efervescencia se
había concentrado en esos cuatro meses. La llegada del Invierno
y del Otoño era como abandonar una droga para la que faltaba,
pero no tanto, el peor escenario del mundo para un adicto. Los
casos de depresión aumentaban, y no al estilo: “qué bajón, se
terminó el Verano”. No, había gente enferma, realmente afectada,
que necesitaba medicación para soportar la angustia de semejante
pérdida.

El 21 de Abril de ese año, bien entrada la noche, el Otoño, que estaba a punto de empezar su temporada, golpeó a la puerta del Invierno.

- Así no va más. Tenemos que hacer algo – dijo el Otoño, entre tembloroso y envalentonado.

- Pasá que pongo el agua, creo que tengo un plan - invitó el Invierno.

<•>

Nos vemos en el próximo libro.

PARA MATAR A LA PRIMAVERA

INCLUYE LOS TEXTOS

BEST SELLER

ENSAYO SOBRE LA GUERRA

SÓLO VERDURAS

LA HORA MÁS ESPERADA

¡Y NO MUCHOS MÁS!

PRÓLOGO DE JORGE, SU PORTERO.

EDICIÓN CORREGIDA Y EMPEORADA

Editorial Específica